

Crónica de otoño, 1582.

Jacinto Herrero Esteban

Cuando salían de Medina en la carroza de la vieja duquesa
Doña María Enríquez
y Teresa de Ávila hubo de abandonar su carro
en el que había descendido de Burgos a Palencia
-y era el viaje último-
y de Palencia hasta Medina;
cuando se acurrucaba en la carroza.
apoyada por defenderse de los baches de los malos caminos
en la tímida Ana de San Bartolomé y Teresita, la quiteña,
y la carroza de la de Alba rechinaba
y se bamboleaba de linde a linde del camino
andaba ya setiembre declinando
casi pálido, hermoso
como un rastrojo único que apacentara la tristeza.

Atrás dejaban el rosado torreón del castillo
sobre un alcor pelado:
Medina se abatía entre los chopos que ya amarilleaban;
el vuelo alzaba algún alcaraván con larguísimo grito
-¡A dormiiiiir... a dormiiiiir!
y la carroza daba de nuevo un golpe
al salvar un regato y otros baches;
el perro de un pastor contestaba lejano
y los grillos callaban al oír al cochero
-¡Teeente, Andaliza...!, ¡quieeeta, Postinera...!
aflojaban la marcha las dos mulas
y respiraba ella y se dolía dentro
aunque tuviera fuerzas y acaso sonriera.

Ana ofreció unos higos a la Madre
y ella: "que no tuviese pena,
que demasiado buenos eran aquellos higos,
que muchos pobres no tenían tanto regalo";
y Teresita preocupada:
"que no hallaba cosa para acudir", y ella
-"No llores, hija,

esto quiere
Dios
ahora”.

En Alba
se estaba ya en zozobra esperando a la Madre
pues la duquesa joven iba a alumbrar un vástago
-¡qué sé yo!- y había ciertos nervios;
mejor era espantar el peligro con una santa viva;
y había Fray Antonio de Jesús ordenado
que torciese su viaje de Ávila hacia Alba,
y contrariada –como dijo- le obedecía ella.

La noche se echó encima como un perro
sin mucho frío, fresca;
resonaban los cascos de las mulas
en los chinarrros y lindazos;
se veía crecer la oscuridad,
brillara las lucecitas lejanas de las casas humildes,
los grillos y las ranas chillando y respondiendo
en sus notas agudas y en flautas de hojalata.
La noche estaba llena de Teresa
en su viaje último.
Pero que no, que iba luego a Salamanca y Ávila
porque allí hacía falta y esperaban sus hijas
y a Madrid, a fundar;
pero que estaba muy molida y con harta flaqueza.

Se abría su memoria hacia lo oscuro:
El aposento de Palencia, fresco, bueno, aseado,
“que no puede parecer mal”.
Valladolid y Ana de Jesús, altiva ahora,
y también María de San José, que tan queridas erran,
y ella: “Mohína estoy cómo se suben a mayores éstas”,
y la suegra de don Francisco
y aquellos abogados, porque dije que no
a lo del testamento:

que no parecía buena, ni con virtud siquiera,
y la Priora: "Váyanse ya, y no vengán más aquí".

Rezongaban las mulas. Nuevos baches
traqueteaban las portezuelas,
y se asustaban ellas, y la quiteña andaba
tristecilla
¡16 años!

Teresa la sentía junto a sí,
se recostaba en ella buscando calorcito,
que no sabía qué iba a hacer,
"que, aunque bonita, es niña" todavía
La contemplaba como la vez primera cuando llegó de América,
chiquituela quiteña, crecida entre las monjas,
y que bien se acordaba la niña de que ella le decía
"cómo vernía tiempo que la querría
y no la ternía",
y así erra, que era el viaje último;
habían ya pasado Peñaranda
y amanecía luego borrando la memoria.

En Alba
había ya parido la duquesa,
bien seguro "que ya
no será menester allí esta santa",
pero llegó tundida por los golpes.
Caída y levantada pasaba largos días,
despachaba sus cosas: visitas y papeles.
Su hermana Juan y Juan de Ovalle
y el muchacho hijo de ellos y la duquesa vieja
y ella pensando aún en seguir su viaje
cuando vino la sangre manchando blancas sábanas.
La sangre le manchaba todos los lienzos blancos
y ella palidecía quedándose serena,
Dios era ya la paz y todo era sosiego.
Le sujetaba Ana su cabeza doblada
y ella: "Hija,
ya ha llegado la hora de mi muerte"
Y así fue aquel otoño:
hacia casi las nueve de la noche
moría como hija de la Iglesia;

un cimbalillo dulce tañía desde fuera
y quizá una paloma volase por lo oscuro.